



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín

Obispo

HOMILÍA DEL EXCMO. MONS. ÁNGEL FRANCISCO CARABALLO FERMÍN, CON OCASIÓN DE LA SANTA MISA CRISMAL, 01/11/2020, EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE CABIMAS.

“El Espíritu del Señor está sobre mí. Me ha unguido y me ha enviado para dar la Buena Noticia a los pobres...” (Is 61, 1).

Amado Pueblo de Dios, que peregrina en la Costa Oriental del Lago: ¡Jesús, nuestro Señor y Redentor, que dio su vida por nosotros, les fortalezca, les acompañe e imprima en nuestros corazones la certeza de que nada y nadie nos puede separar de su amor!

En el marco de la Solemnidad de todos los Santos, nos hemos reunido, en esta Santa Iglesia Catedral, como pueblo sacerdotal, para celebrar la Misa Crismal, en la cual ustedes renovarán delante de mí, Obispo de esta Iglesia, sus promesas sacerdotales y bendeciremos los Santos Óleos que se emplearán en la administración de los diferentes sacramentos. Celebraremos esta Santa Misa, ocho meses después de la Semana Santa, debido a la Pandemia; pero no podíamos dejar de celebrarla, se trata de una ceremonia muy querida también por los laicos, que nos acompañan desde sus hogares, a través de los medios electrónicos, y a quienes les exhortaré durante la celebración: *“oren por sus presbíteros, para que el Señor derrame abundantemente sobre ellos sus bendiciones; que sean ministros fieles de Cristo Sumo Sacerdote, y les conduzcan a Él, única fuente de salvación” y “recen también por mí, para que sea fiel al ministerio apostólico confiado a mi humilde persona y sea imagen, cada vez más viva y perfecta, de Cristo sacerdote, buen pastor, maestro y siervo de todos”*.

Tendremos presente de manera especial a nuestro querido Andrés Eloy, quien frecuentó esta Iglesia desde los 4 años y, a los 7 años, Mons. Sandoval, al verlo juicioso y piadoso, le permitió ser monaguillo. Con tan solo 12 años, fue sacristán. Y a los 16 años, todavía menor de edad ingresó al seminario. Creció en la fe y recibió su llamado en esta comunidad parroquial, fue ordenado aquí, fue su pastor y mi vicario general, mi colaborador más inmediato, con quien tuve la dicha de convivir desde el mes de febrero hasta el día de su viaje al cielo, y cuyos restos mortales cremados reposan en este lugar santo, hasta la resurrección de los muertos. Como miembro ya de la iglesia triunfante, se une a nosotros, que aún peregrinamos, para adorar a la Santísima Trinidad, dar gracias por el sacerdocio de Cristo y pedir por las vocaciones sacerdotales.

Asimismo, oraremos por los otros sacerdotes y obispos de este presbiterio, que ya gozan de la presencia de Dios, y por los que estudian y están sirviendo a otras

iglesias en el extranjero. Este año, ya no nos acompaña Mons. Nicolás Navas, pues desde su ordenación episcopal, forma parte del Colegio Episcopal, y está, con mucho celo apostólico y alegría, sirviendo a la Iglesia de Machiques. Rezaremos por el éxito de su ministerio en esa iglesia hermana.

Celebramos esta Eucaristía en un momento muy difícil de nuestra patria. En nuestra última reunión, los obispos dirigimos una exhortación pastoral al pueblo de Dios, en la cual describíamos la realidad: *“Son ya conocidas las angustias y carencias que sufre el pueblo de Venezuela, desde la escasez y el desabastecimiento de alimentos, pasando por la deficiencia de los servicios públicos, hasta el irrespeto de sus derechos más elementales. Esta problemática se ha visto potenciada por el surgimiento de la pandemia del COVID-19, que va dejando su estela de dolor y muerte en todos los rincones de nuestra geografía. Son muchos los que se sienten angustiados e indefensos, sin posibilidades de enfrentar una crisis que los lleva a situaciones límites de inseguridad y precariedad personal y familiar. La Iglesia católica, a través de sus instituciones y parroquias, acompaña de cerca la vida de nuestro pueblo, e intenta suplir sus necesidades prioritarias, desde sus limitadas posibilidades, competencias y permisos que le otorgan. Pese a todo, reiteramos nuestro firme compromiso de seguir descubriendo y sirviendo a Jesucristo en nuestros hermanos necesitados (cf. Mt 25, 31-40)”*.

Nuestra iglesia diocesana, desde su pobreza, ha desplegado una gran obra de caridad auxiliando a los más empobrecidos de nuestras comunidades. Ese es el mandato que nos dio el Maestro *“denles ustedes de comer”* (Mt 14, 16), y nos dijo que en eso reconocerán que somos sus discípulos: si nos amamos los unos a los otros, no con palabras, sino con gestos concretos. Como dice el adagio popular: *“obras son amores y no buenas razones”*. Les animo, queridos sacerdotes, a seguir organizando las comunidades, a fin de que nuestros hermanos, independientemente del credo que profesan y su opción política, puedan ser felices, no solo en la otra vida, sino también en esta.

Hoy renovarán delante de mí sus promesas sacerdotales. Permítanme, en esta oportunidad, centrar esta homilía en el consejo evangélico de la pobreza, habida cuenta de la situación que estamos viviendo todos los venezolanos, especialmente nosotros, pues desde hace ocho meses, tenemos los templos cerrados y, por consiguiente, han sido muy escasos, y a veces, nulos, los ingresos económicos que hemos recibido, pero la Providencia Divina se ha manifestado de muchos modos y el Señor ha cumplido su promesa: *“Y todo el que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o propiedades por causa de mi Nombre, recibirá cien veces más y tendrá por herencia la vida eterna”* (Mt 19, 29).

Las lecturas que han sido proclamadas son muy propicias para reflexionar sobre nuestro ser y quehacer sacerdotal, especialmente sobre el consejo evangélico de la pobreza y nuestro trabajo misionero con los pobres en este momento tan difícil que estamos viviendo en Venezuela.

El episodio del evangelio recoge el esquema del culto sinagoga sabatino, que se desarrolló después del destierro, y fue en el que creció y se educó Jesús. Ese día, de descanso y oración, los judíos se reunían en torno a la escucha de la Sagrada

Escritura: se leía un pasaje del Pentateuco y otro de los profetas. Seguidamente, el presidente invitaba a alguien de los allí presentes a dirigir la palabra y dar una enseñanza. Fue en una de esas ocasiones que Jesús intervino.

Ese día abrió el rollo del profeta Isaías en el pasaje que hemos proclamado en la primera lectura, donde el profeta anuncia la llegada del Ungido de Dios que librerá al pueblo de todas sus aflicciones. Al terminar la lectura, las primeras palabras de Jesús fueron las siguientes: *“Esta lectura que acaban de oír se ha cumplido hoy”* (Lc 4, 21). En efecto, en Jesús se cumplen no solamente esa lectura, sino todas las promesas mesiánicas contenidas en el Antiguo Testamento.

Nosotros también, queridos hijos sacerdotes, hemos sido consagrados para cumplir esta misma misión. Podemos hacer nuestras las palabras de Jesús en la Sinagoga de Nazaret: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido, me ha enviado para dar la Buena Nueva a los Pobres”*. Ésta siempre ha sido la opción de la Iglesia, porque forma parte de nuestra profesión de fe en Cristo Jesús.

La Iglesia Latinoamericana nos lo ha recordado en las grandes conferencias que se han celebrado en los últimos años, y el Papa Francisco, en su exhortación apostólica, *“El gozo del Evangelio”* (EG), la tiene como criterio fundamental en la evangelización: *“¿A quiénes debemos privilegiar? Cuando uno lee el Evangelio, se encuentra con una orientación contundente: no tanto a los amigos y vecinos ricos sino sobre todo a los pobres y enfermos, a esos que suelen ser despreciados y olvidados, a aquellos “que no tienen con qué recompensarte” (Lc 14, 14). No deben quedar dudas ni caben explicaciones que debiliten este mensaje tan claro. Hoy y siempre, los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio, y la evangelización dirigida gratuitamente a ellos es signo del Reino que Jesús vino a traer”* (EG, 48).

Para amar a los pobres, hay que hacerse pobre. El Señor exige a los sacerdotes la pobreza como estilo de vida, la cual no significa despreciar los bienes que Dios puso a disposición del hombre para su vida y su colaboración en el plan de la creación, sino desprendimiento y uso correcto de ellos, evitando acumulaciones superfluas y apegos esclavizantes.

Jesús es el modelo del desprendimiento de los bienes terrenos, para el presbítero que quiere conformarse con la exigencia de la pobreza evangélica. En efecto, Jesús nació, vivió y murió en pobreza. Amonestaba San Pablo: *“Siendo rico, por ustedes se hizo pobre”* (2 Cor 8, 9). A una persona que quería seguirlo, Jesús le dijo de sí mismo: *“Las zorras tienen guaridas y las aves del cielo nido, pero el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza”* (Lc 9, 58). Y se identificó con los pobres: *“En verdad les digo que, cuando lo hicieron con alguno de los más pequeños de estos mis hermanos, me lo hicieron a mí”* (Mt 25, 40). Esas palabras manifiestan un desasimiento completo de todas las comodidades terrenas.

San Agustín, de manera muy clara y catequética, nos dice que lo que damos a los demás es lo que previamente nosotros hemos recibido de Jesús: *“¿Qué has dado sino lo que de mí recibiste? Das cosas terrenas, recibes cosas celestiales. De lo mío has dado, yo me entrego a ti. Si Cristo se te ha dado, ¿Cómo no vamos a darnos nosotros a Cristo, a quien encontramos en los necesitados? Cristo alimenta y pasa*

hambre por ti; da y está necesitado. Cuando da, quieres recibir; ¿y no vas a querer dar cuando está necesitado? Cristo está necesitado cuando lo está un pobre. Quien está dispuesto dar a todos los suyos el bien de la vida eterna se ha dignado recibir bienes temporales en cualquier pobre. Deseas encontrar al Cristo que se sienta en el trono celestial. Pues espera encontrarlo durmiendo bajo un puente, espera encontrarlo hambriento y tembloroso de frío, espera encontrarlo como extranjero”.

La pobreza en la vida del sacerdote, se traducirá en desinterés y desprendimiento del dinero, en la renuncia a toda avidez de posesión de bienes terrenos, en un estilo de vida sencillo, en la elección de una morada modesta, en el rechazo de todo lo que es, o incluso, a lo que sólo parece lujoso, en una tendencia creciente a la gratuidad de la entrega al servicio de Dios y de los fieles, y en el amor a los necesitados, en un abandono filial y confiado en las manos del Padre Providente.

Siendo pobre, según el estilo de Jesús, debemos buscar los medios para socorrer en las necesidades más básicas a los que padecen enormes privaciones, y llevarles la inmensa misericordia de Dios para mitigar sus penurias. Es poner por obra la palabra del Señor, mirar las miserias de los hermanos, tocarlas, hacernos cargo de ellas, trabajar juntos con todos los que buscan erradicar las raíces causales de la pobreza y de la miseria en el mundo.

La miseria en nuestra patria ha crecido desproporcionadamente en estos últimos años. Hemos llegado hasta el deprimente espectáculo de personas que se ven obligadas a hurgar en la basura en busca del necesario sustento, y son cada vez más los que fallecen a causa de la desnutrición y de la falta de atención adecuada en los hospitales. ¡No dejemos que nos roben nuestra dignidad humana!

La miseria material, que habitualmente llamamos pobreza, afecta a gran parte de la población, pues se encuentra privada de sus derechos fundamentales y de los bienes de primera necesidad. Se traduce en pobreza crítica. En terrible calamidad. Nuestro pueblo está pasando hambre, el crecimiento y el desarrollo de nuestros niños está gravemente afectado por la falta de una alimentación balanceada, los niños sufren de carencias que se traducirán en negativas consecuencias en su desarrollo intelectual. Daños irreversibles por mucho que se alimenten a posteriori. Los enfermos crónicos (diabetes, hipertensión, renales, oncológicos...) y los ancianos mueren por falta de tratamiento.

Hay otra miseria, la miseria moral, que consiste en convertirse en esclavos del vicio y del pecado. ¡Cuántas familias viven angustiadas porque alguno de sus miembros —a menudo joven— tiene dependencia del alcohol, las drogas, el juego o la pornografía!

No menos deplorable y terrible es la miseria espiritual, el alejamiento de Dios, con formas tantas veces denunciadas por el Señor Jesús, y que ha crecido desmesuradamente en estos últimos años con la presencia de sectas, de grupos idólatras, de la santería, de los brujos inescrupulosos, de los paleros, de los babalaos. Estos grupos son totalmente opuestos al cristianismo, de manera que no se puede

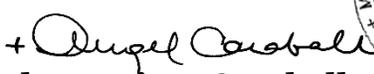
ser católico y santero, católico y babalao. No se puede, como dice la palabra de Dios, “servir a dos señores” (Mt 6, 24).

La Pandemia llegó de repente y nos tomó desprevenidos, dejando una gran sensación de desorientación e impotencia. Sin embargo, la mano tendida hacia el pobre no llegó de repente; la práctica de las obras de misericordia forma parte del ser y quehacer de la Iglesia. La Iglesia, lo que ha hecho en estos momentos, es intensificar y redoblar su acción caritativa, sencilla, humilde, sin aspaviento, incondicional, sin esperar nada a cambio. Algunos han querido ocultar u obstaculizar esa labor, sin ofrecer otra opción. Desde que se agudizó la crisis, la Iglesia ha solicitado que se permita la entrada de la Ayuda Humanitaria del exterior, pues son muchos los que sufren, otros huyen del país y, lamentablemente, un número considerable de venezolanos muere prematuramente.

Como verán, queridos sacerdotes, el trabajo es vasto y la responsabilidad que se nos encomienda supera nuestras fuerzas, pero no las de aquel que nos llamó y nos da su Espíritu de Verdad y Gloria. Ahora más que nunca, nosotros, ministros sagrados, debemos estar muy unidos al Señor, a través de los sacramentos, la oración personal y la lectura meditada de la Palabra, para ver la realidad con los ojos de la fe, como la mira Jesús, y con un presbiterio más unido y más fuerte, y obrar en consecuencia. Sabemos en quien hemos puesto nuestra confianza (1 Tim 1, 12), y Él no defrauda. Con la fuerza del amor de Cristo saldremos más que vencedores (Rm 8, 37). Y las circunstancias adversas que atravesamos, lejos de ser obstáculos infranqueables, se transformarán en oportunidades para expresar mejor, con una fe purificada, nuestro amor a Dios y al pueblo al cual nos debemos.

Este año, recibimos con alegría la noticia de la beatificación de José Gregorio Hernández, que vivió a plenitud su consagración bautismal, en el ejercicio de su profesión de médico, sirviendo de manera especial a los pobres, enfermos y excluidos de la sociedad. ¡Sea él nuestro ejemplo!

La Santísima Virgen María, nos ayude en nuestra misión de ser pastores que, a semejanza de Cristo, sean pobres de espíritu, amen a los pobres, y que trabajen para erradicar toda clase de pobreza. Amén.

+ 
† **Ángel Francisco Caraballo Fermin.**
Obispo de Cabimas



Prot. 2020/162